



BATALLA DE RIVAS

principia el combate a las 8 A.M.
el enemigo sostiene aun su ofensiva a las 9 A.M.
arrojado de varias casas a las 12 M.
atacado con tropas de refuerzo a las 4 P.M.
disminuye el fuego a las 5 P.M.
TREGUA. ANOCHECE. AMANECE.
enemigo atacado en retirada a las 2 A.M.
en desbandada a las 3 A.M.
carga final a bayoneta calada a las 5 A.M.

11 DE ABRIL DE 1856
UN DESPERTAR AL 14 DE SEPTIEMBRE

SALDO DE LA BATALLA

- 2** tambores
- 300** armas de fuego
y algunas armas blancas
- 58** enemigos muertos en acción
- 62** enemigos heridos
- 13** enemigos extraviados

del Parte oficial de la derrota



San Miguelito, 12 de Septe. de 1,928.

Señor Dr. don J. Bárcenas Meneses.
Managua.

Estimado amigo.

Lo que Ud. me ha pedido es que le envíe algo que sirva como de complemento a la interesante carta que nuestro amigo don Alejandro Cantón escribió a don Demetrio Cuadra historiado algunos de los principales sucesos de la batalla de La Cuesta, de aquel acontecimiento que fué entonces la debacle del partido Conservador.

Si eso es, voy a dar cumplimiento a sus deseos. Va ese algo, no para completar el escrito del señor Cantón, que es de suyo completo, sino para que Ud. lo tome en cuenta cuando trate de formar juicio de los hombres y de las cosas de aquellos días memorables. Es útil conocer hasta en sus menores detalles ese hecho que fué tan trascendental en nuestros desórdenes. Las causas que lo produjeron deben ser para nosotros como el faro que marca el lugar de un escollo a fin de que los que navegan por el mar tempestuoso de la política, no vayan a estrellarse contra la misma roca. Las leyes de la historia se cumplen ineludiblemente. Cuando la ambición de mando y de engrandecimiento personal es el único móvil de las acciones humanas, los pueblos retroceden en su marcha progresiva hacia la libertad; y, o caen bajo la dominación de otro más poderoso, o bajo el despotismo de un caudillo audaz.

Fuí, ciertamente, testigo presencial de otros sucesos que los referidos por el señor Cantón, y voy a narrarlos a Ud., no para terciar en la disputa que han tenido don Demetrio Cuadra y don Francisco Vigil, sino para que Ud. los recoja y los enlace en tal forma que sirvan de premisas para deducir consecuencias de gran utilidad en los tiempos que corren.

Tuve alto aprecio por los protagonistas de aquel drama, y conservo mucho respeto a su memoria, y me respeto a mí mismo, para no decir más que la verdad, ni emitir ningún juicio que pudiera mirarse como apasionado. Declaro que todos aquellos personajes tenían méritos sobresalientes para la estimación pública.

El Gral. don Joaquín Zavala fué un verdadero hombre de estado; se elevó sobre sus contemporáneos por su talento privilegiado, su versación en los asuntos públicos y sus dotes de mando.

El Gral. don Eduardo Montiel unía a un carácter afable y generoso que le había granjeado el cariño de la sociedad granadina, talento cultivado, valor cívico y pericia militar. Como Jefe de la revolución que derribó al Dr. Sacasa, gozaba de muchos prestigios.

El Gral. don Agustín Avilés era considerado como el mejor jefe militar del partido Conservador, y poseía alta posición social y pecuniaria. La Junta de Gobierno que se formó a la caída del Dr. Sacasa, depositó en él la Comandancia General, entregándole con ello todo el poder militar de la República.

Y por último, el Graf. don Miguel Vijil era patriota sincero, capaz de sacrificar persona y bienes por la salvación de la patria.

Esos eran los principales Jefes del partido Conservador en aquella época, y quizá sean los únicos responsables por el nuevo rumbo que tomaron los sucesos a partir del 28 de abril de 1.893. A una época de paz, sucedió otra, que dura todavía, de golpes de estado y de revoluciones que nos han precipitado en oscuro abismo. De aquella Suiza Centroamericana no queda más que el recuerdo. Ellos, después de su fácil triunfo contra el Dr. Sacasa, debieron empeñar todos sus conatos por el mantenimiento del orden y de la paz, por el mejoramiento de la administración pública, y la promoción del adelanto en todas sus formas, para justificar, siquiera en mínima parte, el golpe de 28 de abril; pero en vez de fundar un nuevo gobierno mejor que el que existía perdieron su tiempo en inútiles querellas y en rivalidades impropias de personas que se habían elevado sobre el nivel de sus conciudadanos.

Montiel había perdido la confianza de sus compañeros por ciertos actos suyos durante la revolución contra Sacasa, que demostraban que él no entregaría el mando a nadie una vez que se hubiera alcanzado el triunfo.

Frente a Montiel se elevaba Avilés como el Jefe que había dirigido la campaña contra Sacasa.

Zavala se consideraba con mejores títulos para aspirar al primer puesto, pero en aquellas circunstancias prefirió apoyar a Avilés contra Montiel.

Y Vijil, que nada ambicionaba para él, se inclinó también por el lado de Avilés.

Como puede ver Ud., no brilla en todo eso ninguna idea generosa, ni se descubre un solo pensamiento elevado que justifique el desacuerdo entre los Jefes principales del partido Conservador.

El primero dice:

"Yo debo ser el Presidente de la República porque fuí quien dió el golpe de 28 de abril".

Y el segundo replica:

"Yo debo serlo, porque a mí se me debe el triunfo de la batalla de La Barranca"

Y Zavala y Vijil fallan:

"Tiene razón Avilés".

Debemos notar aquí, aunque sea de paso, que los liberales, quienes habían prestado valioso contingente en la guerra contra Sacasa, reclamaban los honores del triunfo. Según ellos, y quizá tenían razón, si no hubiera sido el Gral. Zelaya, que escogió como línea de defensa La Barranca y la atrincheró y colocó un cañón 7½ en Coyotepe, la batalla se habría librado en las calles de Masaya donde se había atrincherado el Gral. Avilés. El éxito habría sido dudoso para los Conservadores, y la población habría tenido que sufrir todos los horrores del bombardeo, el incendio y el pillaje.

Mientras ésto pasaba en Oriente, en Occidente se fraguaba una segunda revolución. Cada día llegaban a Granada noticias alarmantes de aquel movimiento. Se hablaba de la fusión de todos los partidos, de la defección del Gral. Ortiz, Gobernador militar de León; de don Pedro Valladares, el principal Jefe de los conservadores de aquella ciudad; de don Leonardo Lacayo, y de otros muchos. Y a la vista del volcán que ya humeaba, ni la Junta de Gobierno se valía de medio alguno para conjurar el peligro, ni los Jefes conservadores se daban el abrazo de hermanos que tan necesario era para salvar su causa.

Un día yo con otro amigo fuimos a tratar de estos asuntos con el Gral. Vijil, que era uno de los miembros de la Junta de Gobierno y persona de nuestras simpatías. El nos recibió y escuchó con aquella cortesía que le era característica; pero cuando le referimos lo que se decía de don Pedro Valladares, no pudo contener la indignación, y exclamó: "Don Pedro Valladares traicionando a su partido? ¡Eso nunca!"; Y poniéndose de pie y dirigiendo la vista al Oeste, prorrumpió con vehemencia:

¡Jamás he visto salir el Sol por Occidente!"

En fin, para terminar con esos antecedentes, la Junta de Gobierno se decidió a obrar; pero lo hizo tarde y de manera inadecuada. Envió a León a dos miembros suyos, a Machado y a Sánchez, junto con el Comandante General, para que procuraran calmar los ánimos y proveyeran lo que fuere oportuno para el mantenimiento del orden y de la paz. Esa tardía disposición no hizo más que precipitar los acontecimientos. La revolución estalló a poco de llegar los comisionados. Sánchez y Machado cayeron presos, mientras que Avilés logró escapar con habilidad y ligereza.

Casi inmediatamente se supo en Managua lo que estaba pasando en León, y la noticia corrió de boca en boca por toda la ciudad, y luego se divulgó por todos los pueblos de Oriente.

Esto sucedía el 11 de Julio. El mismo día, y al grito de ¡Viva Zelaya! se adueñaron los revolucionarios del puerto de Momotombo donde estaban dos vapores; y en los dos días siguientes, de la ciudad de Chinandega y del puerto de Corinto.

Como se ve, el golpe del 28 de Abril siguió el del 11 de julio. Rotos los diques que encausaban el orden, se desbordó el torrente.

Ante la gravedad de semejantes sucesos, se organizó precipitadamente un poderoso ejército en Oriente, y el Gral. Montiel, por ausencia del Gral. Avilés, se trasladó a Managua, y escogió los lugares en La Cuesta, donde debía atrincherarse el ejército y situarse la artillería.

Así mismo se mandaron situar 500 hombres en Jinotepe al mando del Jefe Político don Lolo Román, y 800 en Tipitapa al mando del Gral. don Carlos Alegría.

Una Junta de Notables nombró Presidente provisional al Gral. Zavala en lugar de la Junta de Gobierno, que se consideró disuelta por el movimiento revolucionario. Esta, en efecto, estaba formada por dos representantes del Dr. Sacasa, quienes habían caído prisioneros en León, por uno del partido Liberal, que se había levantado en armas, y por dos conservadores, una sola de las partes de los tres firmaron el pacto de Sabana Grande.

El Gral. Zavala organizó inmediatamente su Gobierno, y nombró al Gral. Vijil, Mayor General del Ejército.

Casi al tiempo que esto sucedía entraba en Managua el Gral. Avilés en medio de las aclamaciones de la multitud, y el Gral. Montiel se retiraba a Granada.

PABLO HURTADO